



© Ramón Fernández 2013

2ª edición

ISBN: 978-84-939034-8-0

Dep. Legal: AS - 2102 - 2012

Impreso en España / Printed in Spain

Imprime: Hifer Artes Gráficas / [www.hifer.com](http://www.hifer.com)

[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)



Uno llega a una edad en la que es conveniente escribir las cosas que pueden olvidarse o que casi ya no recuerda. Puede ser que cuando pasen veinte años si no se acaba antes el mundo vuelva a recordar con nitidez los primeros días de la infancia y no sepa cómo se llama mi hermana. Hace poco casi me caigo al resbalar en el baño. Uno llega a una edad en la que tropieza y pierde la cabeza. Yo quiero dejar claro que aún no he llegado a esa edad, aunque estoy cada día más cerca, desde luego. Parece que así sucede a menudo. Pensando en estas cosas decidí un día recopilar de todo lo que he escrito en informales diarios de viajes, anotaciones en dietarios, cuartillas sueltas, incluso tacos de notas de hoteles o servilletas de bares y restaurantes, escritas en distintos sitios que no eran mi hogar en aquel momento. También he intentado recuperar de mis recuerdos los primeros viajes, o algunos de ellos, con la ayuda de mis papás. Precisamente porque ellos ya no son jóvenes me dispongo también a esta tarea y he pedido su colaboración para mi primer relato, por ejemplo.

Bien es cierto que la mayor parte de lo que aquí contaré ya he tenido la oportuna idea de ir anotándolo mientras sucedía o muy poco después. Casi desde los dieciocho, cada vez que viajo a algún destino que me obligue a dormir fuera llevo un cuaderno en el que registrar lo que ahora extracto aquí. Algunos se han perdido y tendré que buscar entre fotos o



A la hora de comenzar por algún sitio no hay ningún primer viaje con seis años. Yo nací en mi casa, hace unos cuarenta y cinco años, así que no tuve mi primera escapada hasta la que me llevó a Avilés con motivo de la primera comunión de mi prima. El viaje está como es natural lleno de bruma. No recuerdo demasiados detalles y es posible que me haya hecho alguna historia de esta salida primera. Recuerdo bien que la ida fue en autobús, en el que subimos a las seis de la mañana en la parada de la sastrería, bueno de lo que ya en aquel tiempo era la antigua casa del sastre sin sastre ni moradores y en estado de abandono. Conservo pocas imágenes del trayecto: una parada en Luarca, el paso por San Esteban, y de aquí a verme delante del portal de mis tíos y a mi tía santiguándose al vernos aparecer.

Es complicado recordar con claridad estos primeros momentos de la biografía de uno. La mezcla entre lo que realmente sucedió y lo que nos hemos construido a partir de las anécdotas de nuestros mayores es difícil de discernir.

Mi primer viaje como escribía antes fue seguramente el que emprendimos papá y yo a Avilés para ver comulgar a mi prima. Hace poco intenté recordar con mamá esta salida pero no era el momento oportuno. Estaba ingresada en el hospital tras un accidente de tráfico al regresar con los vecinos de un velatorio

un viernes de noche sin luna. La suerte quiso que solo hubiese una herida leve, mi mamá. Así que al día siguiente me trasladé al hospital para acompañarla y tras las primeras impresiones sobre el suceso la entretuve hablando de mi proyecto literario para anotar los recuerdos que tenía de cuando yo era un sin uso de razón y lo más importante, para que se distrajera y tranquilizara tras el accidente:

—¿Pasóuche el susto?

—Inda me dura, sobre todo el ruido del choque.

Como no conseguí atar cabos acerca de lo que quería aclarar, seguimos recordando accidentes de tráfico familiares y otros eventos de la época, como las visitas a la escuela de Salave, por entonces centro de vacunaciones infantiles de la parroquia o la asistencia a La Roda una tarde a la reinauguración de la línea de ferrocarril de vía estrecha entre Ferrol y Gijón, cuando mi padre nos llevó a mi y a mi hermano a ver pasar el primer tren que trasladaba ni más ni menos que a Franco y su señora casi ya cadáveres entre uno y otro punto, suceso que hace poco en una exposición de fotoperiodismo de la época en Oviedo tuve la ocasión de ver una foto de aquel día en el mismo sitio. Yo no recordaba la pancarta que unos vecinos levantaban con un saludo al jefe del estado de entonces. Solo conservo en mi memoria el momento en que anunciaron que el tren estaba en Vegadeo y que en breve pasaría por donde esperábamos. Todo el mundo estaba expectante y a mi me entran tantas ganas de hacer pis que no tuve más remedio que abandonar la posición privilegiada que teníamos en primera línea del andén y aliviarme. Luego, a la vuelta, ya nos habían quitado el sitio a mi padre y a mí, por lo

que creo que me subió a sus hombros y desde allí vi poco tiempo después el tren pasar.

Al final, en el último vagón, tras un cristal antibalas allí estaba Carmen Polo sentada saludando y mostrando las perlas y los dientes. A su lado, de pie, estaba un generalísimo enjuto tras las gafas de sol que no se parecía en nada al que aparecía en los sellos de correos que vendíamos en la tienda familiar.

De estas tardes de infante sin escolarizar también recuerdo las siestas de verano sobre los sacos de salvado en la galería, donde nuestra abuela pasaba tardes cosiendo y la flor de cera perfumaba la habitación.

Pues todo esto revisamos esa tarde en el hospital con mamá y nada o casi nada del dichoso viaje a Avilés. El episodio del tren salió a escena cuando aclarábamos el medio de transporte elegido. Creo que a la ida salimos en autobús y para volver montamos en el tren inaugurado pocos meses antes.

La mayoría del viaje se hizo de madrugada, sin que el sol apareciese después tras la primera hora de las tres y media que duraba el trayecto en aquel tiempo. Sobre las seis de la mañana pasaba el autobús y cerca de las nueve y media llegaba a Avilés, y tras un trayecto en taxi llegamos a nuestro destino. En casa de mis tíos era un día especial y supongo que mi prima tendrá muchos recuerdos para relatarme. Yo solo me acuerdo del corte que me dio por la tarde, cuando jugábamos en su cuarto y se me ocurrió curiosear en un bolsito que ella colgaba en una repisa. Fui pillado in fraganti y mi prima, arrebatándome la carterita me espetó:

— ¡No se mira en el bolso de una señorita!

El color incendió mis mofletes, generosos en aquellos años y subió la temperatura de la habitación. Supongo, porque no había un espejo cerca, que me puse más rojo que los tomates de nuestra huerta. Siempre que alguna amiga me pide que tome de su bolso tal o cual cosa me acuerdo de este incidente y accedo solo a acercarlo a su dueña para que encuentre lo que busca.

Increíbles anécdotas que permanecen imborrables hasta la fecha. La intimidad del bolso de una dama me trae a cuento una anécdota que sucedió algunos años más tarde en casa con mamá. Yo ya vivía en Oviedo y una vez al mes al menos pasaba un fin de semana en casa de mis padres. Una tarde de viernes, recién llegado, mi madre nerviosa me pasó una carta ya abierta que había llegado para mí:

—Abríla porque nun sabía si era algo d'a universidá. Pero nun lín nada. —fue su respuesta, como excusándose.

El episodio no fue agradable. Yo no le di demasiada importancia, pero a partir de entonces, mis padres y mis hermanos han respetado escrupulosamente mi vida privada y yo he evitado con bastante éxito que me enviaran correspondencia a la casa paterna.

Para acabar con el relato de este primer viaje, la vuelta también resultó complicada, en un tren de vía estrecha tan poblado que fuimos gran parte del trayecto de pie, agarrados a la barra central sin casi poder moverse, y con un calor casi de verano en aquel mes de mayo. Al final hubo sitio para sentarse, aunque solo un rato, antes de llegar al apeadero de La Roda.

Como hasta que bolita nos dejó era casi impensable que yo saliese de casa para ir a un campamento de verano, por ejemplo, solo a partir del año de su muerte me liberé de una especie de obligación compartida en todo caso con mis padres. Me levantaba y pasaba por el cuarto de Tarsila –qué raro me resulta no decir bolita– y después de desayunar y antes de salir a la escuela volvía para despedirme. Al volver de clase subía para hacerle compañía y me despedía de ella antes de ir a dormir. Con bolita de El Franco, mi abuela materna, pasábamos la tarde de domingo, cuando mamá subía. Tomábamos café negro, ya de críos, veíamos la tele y jugábamos con los primos en el campo de la escuela. Pero nunca hubo noches fuera de casa. La única vez que se planteó la posibilidad de ir a un campamento de verano, bolita se puso mala sólo de pensar que le iban a quitar a su nieto unos días. Cuando se fue era verano. La casa quedó muy sola. Yo, al levantarme los primeros días tras el funeral, iba inconscientemente a la habitación a dar los buenos días. Aún hoy, cuando voy a pasar el fin de semana a Porcía y no está su antigua habitación ocupada por Sara y Carlos, hago ademán de entrar a dar el beso de buenos días.

Hay una primera vez para todo, y la primera oportunidad que tuve de conocer Madrid, o al menos comenzar a conocer la capital, me la dio el Instituto Marqués de Casariego. Fue toda una sorpresa que en segundo curso de bachiller nos propusieran una excursión para acudir a la exposición sobre Cézanne que se organizaba en el Museo Español de Arte Contemporáneo en la primavera del año 1984.

Un viaje con un día de trayecto para llegar y visitar el museo, una noche para descansar en el Paseo de La Chopera y el día siguiente para regresar a Tapia de Casariego. Hace demasiado tiempo ya para poder relatar con detalle todos los pormenores de este viaje. Hay como es común fotos de púberes de descanso por León, en pleno Paseo de Papalaguinda, una rápida visita a la catedral, y la llegada al Hostal Auto en una ciudad un tanto destartalada. Por la noche recuerdo bien nuestro paseo nocturno desde Atocha hacia La Castellana, la vuelta en taxi con Montse y más amigos, y algo que me ha acompañado siempre con cada obra o artista que me impacta, el hallazgo de la maravilla del pintor que antecedió a los impresionistas y que desde aquella visita no dejé de apreciar.

En el Marqués de Casariego, nuestro curso fue un pionero en muchas cosas. Yo, en segundo, fui invitado por los alumnos de COU a dar una conferencia en la Semana Cultural del Instituto, cosa inusual ya que solo los aventajados alumnos de tercero habían accedido a este honor. En segundo también, con María Antonieta, nuestra profesora de Geografía e Historia y tutora, nos marchamos a visitar Ensidesa. No solía haber excursiones programadas para alumnos de los primeros cursos y solo se organizaban rifas y actividades destinadas al viaje de fin de curso de COU. Pero nuestro paso por tercero y los cambios en la selectividad creo, motivaron que el gran viaje se adelantara al curso anterior.

Así que nuestro curso final de secundaria, el Bachillerato Unificado Polivalente de entonces, fue un continuo organizar actividades para conseguir los fondos necesarios. Entre entradas de discotecas los viernes por la tarde, sorteos para el cupón de ese día, las loterías de navidad y reyes y alguna función benéfica entre medias ahorramos unas pesetas para partir a Mallorca desde la Estación Marítima de Barcelona, adonde llegaríamos en autobús. Luego el regreso por mar hasta Valencia y de aquí a Madrid. Nueve o diez días fuera de casa con las hormonas revolucionadas desde que salimos.

El plan había sido muy estudiado y en general no tengo malos recuerdos del viaje. La ida a Barcelona, en un bus sin aire acondicionado al principio de una semana santa bochornosa seguiré recordándola como un verdadero suplicio. Al llegar al Hotel Lleó, en la calle Pelai, mis tíos me esperaban para darme la bienvenida. Unos abrazos y unos besos para luego quedar al día siguiente. Llegamos agotados, desde luego, pero tras tomar posesión de nuestras habitaciones y ducharnos, la excitación por tomar las cercanas Ramblas era total. El ambiente era parecido al que había experimentado en Madrid el año anterior. Una ciudad un tanto deteriorada, llena de gente extraña, con tugiros y fulanas en plena calle y revistas porno empapelando los quioscos allí donde mirases. Claro, con las hormonas alteradas, esto era justo lo que faltaba.

En nuestro hotel se hospedaba también una excursión de estudiantes italianos que intentaron en varias ocasiones conocer más íntimamente a nuestras compañeras, pero la cosa no pasó de la anécdota. Las hormonas están revolucionadas seas de la nacionalidad que seas a las edades en las que se experimenta el viaje de fin de curso de secundaria y el comportamiento de españoles en Roma seguramente habría sido el mismo para con las italianas.

Yo al día siguiente volví a ver a mis tíos y me pasearon por la ciudad, me invitaron a comer a su casa y me devolvieron sano y salvo al hotel a la hora en que ya partíamos hacia la estación marítima para tomar el ferry a Mallorca. Antes todo el grupo había visitado la Sagrada Familia y por primera y única vez yo subí a los cimborrios de la fachada del nacimiento.

De nuevo una primera experiencia, esta vez el trayecto en barco, con camarotes de dos y más literas para descansar y con discoteca y sala de juegos para todo lo contrario. Recuerdo vivamente cómo medio grupo estuvo indispuerto ya al subir a bordo y otros como yo disfrutamos de la travesía. Así, ya de madrugada, uno de mis compañeros subió su gaita a cubierta y frente a la piscina vacía y cubierta por una red improvisamos una despedida de la jornada antes de ir a dormir un rato. Como habíamos bebido bastante cerveza, no podía distinguir entre mi vacilación por la cogorza o el bamboleo de la travesía en un mediterráneo poco calmado desde luego.

Pero por fin, cerca de las ocho de la mañana, ya desde cubierta, presencié por fin toda la maniobra de aproximación a Palma, cómo la catedral se iba haciendo más presente en la bahía y los colores y ajetreo del puerto se percibían con mayor nitidez.

Poco después nos instalamos en El Arenal. En un hotel de tralla para grupos organizados que se reunían para desayunar, para almorzar y para cenar, y desde la recepción tomaban sus autobuses para las excursiones programadas.

Nuestro grupo también excursionó a Manacor para ver la fabricación de perlas y paró en un área de descanso con una gran tienda de objetos decorativos en madera de olivo, visitamos en otra jornada Soller y Porto Cristo, y diariamente subíamos al transporte gratuito que cada discoteca nos ofrecía para conocer la noche mallorquina, cada noche un sarao. Bueno, no todas las noches. Una tarde, unos cuantos amigos decidimos salir por nuestra cuenta a Palma para disfrutar de una noche más normal, digamos, tomando unos vinos por la

capital y tras la cena e un chino, visitar algún pub o bar nocturno.

Así conocimos un pequeño bar al que se accedía tras bajar unas escaleras en una calle de una zona de bares y donde solo había chicos y un falo enorme hacía las veces de mango para la caña de cerveza. Pasamos aquí una velada divertida y la primera vez en un local gay para todos nosotros. Fue una noche divertida en la que al final, el camarero del local pudo bailar con Paco al son de “Amor de hombre” de Mocedades.

También hay un episodio confuso al regresar una noche de juerga al hotel Alejandría. Yo llegué un tanto intoxicado y como en otras ocasiones con mis compañeros, aguardamos en los cómodos sillones del hall de nuestra planta un rato comentando la noche casi agotada. Allí me quedé dormido y desperté al día siguiente en mi habitación, en mi cama, sin saber exactamente cómo había logrado llegar hasta allí. No descarto haberlo hecho de forma consciente. Más bien fui trasladado allí por Juanjo o por José Antonio o quizá por ambos.

En una semana hubo tiempo para divertirse y disfrutar antes de volver por mar hacia Valencia sin hacer parada y luego a Madrid para continuar rumbo a Tapia en un viaje acompañados de Alaska y Dinarama. Amor carnal fue el disco oficial de esta aventura de 1984.

Tras la etapa de bachiller me trasladé a Oviedo, donde pasé mis primeros años en casa de mi tía Gema. A partir de entonces comienza una estancia de dieciséis años en esta ciudad y después de una visita de otra de mis tías, por entonces directora de un colegio religioso en Sant Feliù de Llobregat, con alumnas de una institución hermana de Caen, fui invitado a acompañar a otros ex alumnos catalanes a un viaje a Normandía. Así fue cómo se inició mi primer viaje al extranjero, a Francia, al comienzo del año 1987. Tras tomar el electrotrén el primero de enero y llegar a Barcelona por la noche, al día siguiente subí a un autobús con mi tía Elva y unos cuarenta chicos y chicas de mi edad, catalanoparlantes, con los que pasé una semana muy intensa desde nuestra salida por La Junquera hasta el regreso a Barcelona.

Nuestra primera parada fue Poitiers. Pero no fue una visita cultural. Se trató más bien de estirar las piernas y de aliviarse para continuar toda la noche de viaje hacia el destino final. La tía Elva –para los demás sor Elva– alternaba sus instrucciones y comentarios en catalán y español en consideración a su sobrino. Solo a nuestra llegada a Caen propuse que se empleara el catalán o el francés para no alargar los discursos, ya que

afortunadamente me aclaraba bastante bien con las dos lenguas y así me acababa de integrar con el resto de mis colegas.

En un viaje con ex alumnos de un colegio religioso había actividades lúdicas y también litúrgicas. No tenía yo obligación de asistir a las segundas, pero en aras de la mencionada integración no prescindí de las mismas. Desde luego las que han perdurado son las primeras.

En una semana de lluvias y tiempo inestable conocimos el Mont Saint Michel, las playas del Desembarco, Bayeux, Lisieux, Pont-l'Évêque y por supuesto Caen. Desde luego las visitas al Mont Saint Michel y al cementerio americano frente a Omaha Beach fueron emotivas por motivos bien distintos. Tampoco puedo dejar de mencionar el recorrido por el museo que alberga el Tapiz de Bayeux, o de la reina Matilde, donde se describe la conquista de Inglaterra por Guillermo de Normandía en el 1066, con una impresionante exposición con proyecciones sobre banderas de drakares vikingos.

Del mismo modo no podré olvidar a la vuelta las ocho horas que fuimos liberados en París para tomar un primer contacto en mi caso de la ciudad cuyos tópicos tanto había estudiado en mis años de francés. Con la ayuda del metro pudimos recorrer un pequeño grupo un buen puñado de lugares bien reconocibles en nuestras fotos de aquella salida. Ahí comenzó mi fama de compañero extenuante de viajes. Las chicas llegaron desfallecidas al autobús que nos esperaba a la hora pactada en Place de La Concorde.

Una vez de vuelta en Barcelona, mi tía me regaló una pequeña visita a Santa Coloma de Cervelló, para conocer la cripta de la Colonia Güell y seguir de boca del mosén de la

parroquia las explicaciones acerca de la historia y características del sitio. Aquí pude comprobar que mi nivel de catalán no era desde luego avanzado, pero con tía Elva al lado no fue problema.

Al volver desde Sants a Asturias llevaba conmigo unas cuantas direcciones y teléfonos de nuevos amigos, fotos de momentos que aún rememoro cuando vuelvo a pisar Francia y espero visitar lugares tan cargados de historia aunque también deseo que el tiempo me acompañe en esa ocasión.